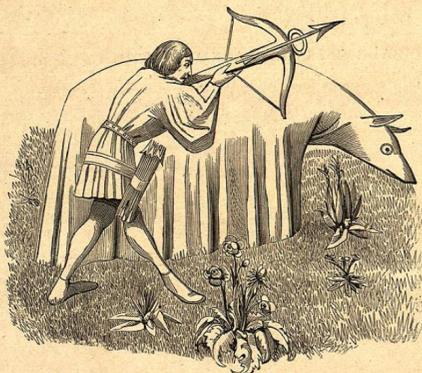


mentos. La lanza, el arco, la maza, no sosiegan; y cuando cesa la batalla silba la flecha que hiere ó mata al ciervo, al *urus* ó al bisonte.

Mucho espacio necesitaríamos para trazar la serie de cuadros que ofrece la historia venatoria durante la edad media; pero en este bosquejo sintético sólo



Artificio para ocultar al cazador (siglo xv)

podemos señalar grandes lineamientos y enumerar los principales hechos.

Por fortuna, la historia de la caza en la edad media en Europa ofrece, por punto general, un carácter bastante uniforme. Germania, Galia, Francia y España, que desempeñaron tan importante papel, nos proporcionan interesantes datos venatorios.

La Galia de las edades primitivas ofrece, en su aspecto general, gran semejanza con las comarcas de la América septentrional. El suelo hállase cubierto de bosques vírgenes, vastas lagunas, arenales desiertos, poblados de animales salvajes.

El *urus* gigantesco, el bisonte, el alce de gran talla, el caballo salvaje, vagaban en libertad desde el Rhin hasta los Pirineos, desde los Alpes hasta el océano.

El oso y el lince descendían tranquilamente desde las altas montañas. Los castores jugueteaban á orillas de los ríos que hoy bañan las más soberbias ciudades.

Junto á esta fauna, que hoy podríamos enumerar casi por completo, merced al testimonio de Strabón, Plinio y Pausanias, hallábanse razas salvajes y virge-

nes, pintarrajeadas, de extraño aspecto, feroces, que cazaban en el seno de los bosques á las fieras con flechas, con puntas de sílex, y terminadas con punzantes huesos.

Los galos, ya más civilizados, roturaron muchos bosques; pero César halló por doquier vastas y salvajes selvas.

Era tal la afición de los galos á la caza, que las piezas cazadas eran expuestas en el exterior de las viviendas á guisa de trofeos; y cuando un jefe galo moría se entregaban á las llamas sus armas, caballos y perros de caza.

Strabón y Plinio afirman que los galos mataban á los pájaros con dardos, y que empleaban para la caza flechas envenenadas con el jugo de ciertas yerbas.

Plinio añade que los moradores de la orilla izquierda del Rhin se entregaban con verdadero placer á la caza de los gansos salvajes. (Plinio, libro X.)

Arriano, en sus *Cinegéticas*, dice que los galos no cazaban por sólo el provecho, sino por el placer honesto que proporciona aquel ejercicio; y que no empleaban las *telas* y *lazos*, porque los suplía la calidad superior de sus canes.

Arriano describe la caza de las liebres entre los galos. El cazador enviaba, al amanecer, á registrar el sitio donde tenía su refugio y lecho la liebre. Una vez convenido, soltaba los canes de carrera en persecución de la liebre, y seguía á caballo á sus perros.

Arriano nos proporciona también curiosas noticias acerca de las costumbres religiosas de los cazadores galos. Muchos ponían aparte dos óbolos por cada liebre que cazaban, un dragma por una zorra, cuatro por



Caza de liebres (manuscrito del siglo xv)

un gamo; y todos los años, el día que se festejaba á Diana, se depositaba en el tesoro común del templo de la diosa. Pausanias refiere que en su tiempo se cazaba en la Galia el alce.

Hasta la invasión de los bárbaros los galos continuaron entregados con ardor á los placeres venatorios.

Los emperadores romanos, que fijaron su residencia en las Galias, concurrieron á magníficas cacerías. Constante, hijo de Constantino, pasaba semanas enteras con su séquito en aquellos frondosos bosques. El

emperador Graciano prodigó mercedes sin cuento á sus servidores de caza, y ambos soberanos perecieron asesinados por descuidar la gobernación del Estado, distraídos en los placeres venatorios.

La nobleza galo-romana, durante la época de la decadencia, conservaba el mismo aliento venatorio. El



Gastón Phœbus enseñando el arte venatorio (manuscrito del siglo xv)

aquitano Paulinus, nieto del poeta Ausone y cronista á su vez, describe con subidos colores los placeres de la caza.

Saint-Germain d' Auxerre, que vivió en el siglo v, fué gran cazador antes de ser piadoso obispo. Gobernador ó duque de su ciudad natal, se complació en exponer en la plaza pública el gran número de piezas que cazaba.

El imperio se derrumbaba por doquier, y, sin embargo, Sidonio Apolinario nos muestra á los galo-ro-

manos entregados con furor á la caza, á despecho de sus discordias y las oleadas de las invasiones enemigas.

En la época en que Sidonio Apolinario escribía, toda la Aquitania se hallaba señoreada por los visigodos.

II

Todos los bárbaros que se establecieron, en el siglo v, en el centro y sur de Europa, fueron de origen germánico y también famosos cazadores.

«Los germanos,—dice César en sus *Comentarios*,—no son agricultores: sus únicas ocupaciones son la caza y la guerra.»

«Cuando los germanos no batallan,—dice Tácito,—se entregan á la caza ó al ocio.»

La Germania se hallaba cubierta de bosques y lagunas, repletos de animales feroces: el *urus*, el alce, el búfalo, el oso, el lince, etc., etc.

El *urus* es un animal terrible, grande casi como el elefante, al que cazaban por medio de fosos.



Carreta de caza (facsimile de una miniatura del manuscrito *Phabus*; siglo xv)

«A las ocho de la mañana, el Monarca abandonaba el trono desde el que administraba justicia, y se dirigía á inspeccionar sus perreras ó sus caballerizas. Cuando partía para la caza, no llevaba el arco á su lado por no consentirlo su rango. Si veía algún animal salvaje, entonces tendía su mano atrás, y recibía suelto y flotante el arco, por juzgar también vergonzoso el que se les diera preparado. Armado el arco, el Rey algunas veces pedía á algunos de los de su séquito le señalase la pieza sobre que debía disparar. Disparaba el Monarca, y siempre hacía blanco: si había algún error, debía achacarse á los del séquito.»

Los francos, que conquistaron una gran parte de la Galia en el siglo v, fueron tan ardientes cazadores como los visigodos.

Durante el reinado de Clovis (465-511), el cronista Aimoin refiere que el fundador de la monarquía

Los *Nibelungs* conservan la tradición de las grandes cazas realizadas en aquellos tiempos en la orilla izquierda del Rin.

Los visigodos, acaudillados por Ataulfo, apoderaronse de gran parte de la Galia y España; y aquella raza de reyes, amamantada en el seno de las selvas y riscos, se distinguió por su furor venatorio.

Sidonio Apolinario, que tuvo estrechas relaciones con el rey Teodorico (muerto en 466), traza el siguiente cuadro acerca de la manera de cazar aquel rey.

franca se entregó á la caza en los principales bosques de sus dominios, especialmente en el de Cuises (*Cotia sylva*), hoy conocida por *bosque de Copiegne*. Los hijos de Clovis (Teodorico, Clotario y Childalberto) heredaron este gusto, calificado de nacional (*gentilitium*, como dice la leyenda). Clotario murió en una de estas cazas.

Childalberto cazaba por el Maine con la reina Ultrogonda, cuando sus ojeadores le avisaron que vagaba por aquellos sitios un magnífico y solitario búfalo. Las crónicas rezan que aquel salvaje animal se hallaba aprisionado por un santo ermitaño, apellidado Karelff. El Rey halló al ermitaño en amigable compañía con la fiera. Childalberto le amonestó furioso y lanzando voces amenazadoras, á despecho de las sumisas y humildes protestas del ermitaño. Pero, cuando el monarca quiso avanzar, quedó clavado en el suelo su

caballo, teniendo Childalberto el suceso por milagro, y pidiendo la bendición al anacoreta.

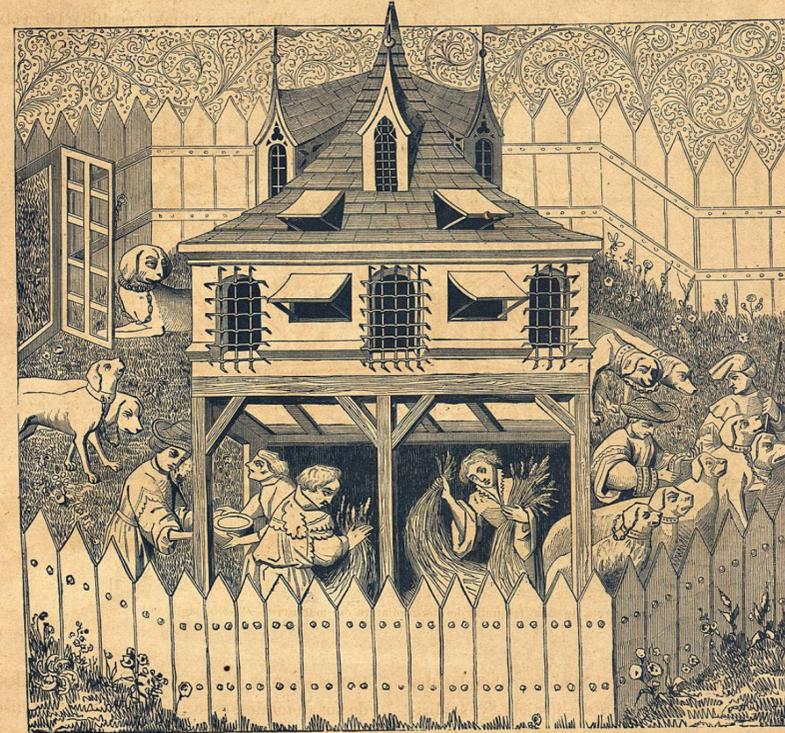
Theoberto, Rey de Austrasia, hijo de Teodorico, pereció en la caza el año 547.

Goutraw, hijo de Clotario, llevó su amor á la caza hasta el punto de castigar severamente á los cazadores furtivos.

En 584, Chilperico, otro de los hijos de Clotario, y esposo de la célebre Fredegunda, fué asesinado por Lauderia al regreso de una cacería en los bosques de Celles.

La lista de monarcas y señores francos entregados á los placeres venatorios sería interminable.

El poeta Venantius Fortunatus, que vivió bajo el



Perrera (facsimile del manuscrito *Phabus*; siglo xv)

reinado de Clotario I, en una epístola dirigida á su amigo el jefe del palacio de Austrasia Gog, ó Gogone, nos proporciona, bajo una forma pintoresca, una idea bastante acabada de las costumbres y pasatiempos de un señor franco de aquella época. La caza y la pesca son las ocupaciones que se hallan en el primer rango.

En una caprichosa fantasía, el poeta interroga á las nubes: «Decidme: ¿qué ha sido de mi querido Gog? ¿Se halla, acaso, á orillas del Rin, ocupado

en pescar sabrosos salmones... ó bien en los bosques de Ardenes ó de los Vosgos, lanzando golpes de flechas á los ciervos, gamos, osos y búfalos?»

Llegó á tal extremo el furor venatorio de los señores francos, que promovió la protesta de algunos piadosos varones.

«Su demencia llega al punto,—dice Tomás de Orleans en su *Institución laica*,—que en los días festivos y domingos abandonan los oficios divinos por la caza, y en aras de aquel pasatiempo sacrifican la salud de